
La Merced, mercado y refugio

El caso armenio

Carlos Antaramián

El céntrico barrio de La Merced ha sido un polo de atracción para un número considerable de inmigrantes, quienes han buscado asentarse y prosperar en la ciudad de México. Especialmente a principios del siglo xx, se convirtió en lugar de asentamiento para muchos emigrantes y refugiados que arribaban a la República Mexicana en condiciones precarias; españoles pobres y otros provenientes de Europa Oriental, como los judíos ashkenazitas, pero especialmente los ciudadanos procedentes del Imperio Otomano: judíos sefardíes y libaneses, sirios, griegos y palestinos que desembarcaron en las primeras décadas del siglo xx y ocuparon las habitaciones modestas del barrio. Entre estos inmigrantes provenientes de los territorios del Imperio Otomano se encontraban los armenios. Aunque el estatus legal de la mayoría era de “inmigrantes”, es apropiado adjudicarles el calificativo de “refugiados”, ya que se trataba, en su mayoría, de sobrevivientes del genocidio armenio (1915-1918) que se guarecieron en los países limítrofes con Turquía y posteriormente buscaron “hacer la América”. Muchos pensaban emigrar a Estados Unidos después de la tragedia padecida, aunque algunos vivieron una especie de desviación que los trajo a México.

LOS PRIMEROS ARMENIOS EN MÉXICO

Desde la consolidación de la Nueva España y casi hasta finales del siglo xix, en México sólo se aceptó la inmigración de católicos: las disposiciones expedidas por los diversos gobiernos novo-hispanos determinaban que el cisma, el sacrilegio y la herejía fuesen considerados como delitos. Por consiguiente, a los armenios –en su mayoría miembros de la autocéfala Iglesia

Apostólica Armenia— se les impidió el ingreso a las posesiones españolas en América, aunque las restricciones no impidieron el ingreso de algunos armenios católicos.

El primer armenio del que hay registro es Leonardo Pablo de Guzmán (el nombre fue hispanizado), casado con una criolla, por lo que es casi seguro que era católico; radicado cerca de la aduana en la ciudad de México, mercachifle, natural de Armenia y emigrado hacia 1686 (según datos del censo realizado durante el gobierno del Conde de Galvez en 1689). Otros dos armenios aparecen en un juicio de la Inquisición en 1723: el “*de nazione armenio*” Don Pedro de Zárate (nombre también hispanizado) y el monje dominico Domingo Giraganián, de quien se solicitaba testimonio. Don Pedro de Zárate vivía frente al convento de Balvanera, en el barrio de La Merced. El cuarto armenio en la época colonial es un monje franciscano de nombre Bedrós Djoran Djakhetsí, quien recorrió México hacia 1723 recolectando fondos para su orden.

Desde entonces y hasta la llegada, a finales del siglo XIX, de los hermanos Nishanián, Jean (Hovannés) y Berthe, no hay registro de armenios en México. El primero, según registros del Anuario Hayrenik, publicado en Boston en 1946, construyó el sistema de saneamiento de la ciudad de Puebla y se hizo millonario, aunque después lo perdió todo y se mudó a la ciudad de México, donde vivía de la docencia; su hermana daba clases de piano y francés y tocaba en algunas de las reuniones que organizaba el partido político armenio de la Federación Revolucionaria Armenia, de tendencia socialista, *Tashnaksutiún*. Según los registros encontrados en el Archivo General de la Nación, la viuda Berthe Nishanián nació en Constantinopla en 1876, ingresó a México por la frontera de Juárez en 1904 y vivía en los departamentos de El Buen Tono, lugar que más tarde se convertiría en una suerte de barrio armenio; aunque el AGN no guarda ningún registro de Hovannés Nishanián, podemos suponer que llegó en el mismo año que su hermana. El comerciante Agustín Narinián nació en Armenia en 1897, ingresó a México por Tampico en 1914 y radicó en Nautla, Veracruz. A ellos, sin embargo, les antecedió Gabriel Babayán, quien ingresó por Veracruz en 1898. Estos son los cuatro armenios que inmigraron a México antes del genocidio, cuyos registros constan en el AGN, aunque se sabe de otros que estuvieron en México sin existir constancia probatoria, como el hermano de

Gabriel Babayán, Miguel (Mgrdich), quién nació en Diyarbekir en 1874, vino a México –traído por su hermano– en 1906 y murió en este país en 1926. O Simón Abayán, quién posiblemente llegó con Gabriel Babayán en 1898.

Gabriel Babayán nació en 1866 en Diyarbekir, en el Sureste de Anatolia, ciudad habitada por armenios, kurdos, asirio-caldeos y turcos. De hecho, Gabriel Babayán era hijo de padre armenio y madre asirio-caldea. Sabemos, por una breve semblanza escrita en poder de sus nietos, que era el tercer hijo del matrimonio conformado por Ohannés Babayán y Lucía Dehul. Su padre resolvió que fuera religioso y lo hizo ingresar al seminario de una orden francesa asentada en la ciudad de Diyarbekir. Entre 1894 y 1896, bajo el reinado del sultán Abdul-Hamid, hubo una serie de masacres entre la población armenia en Erzinyán, Erzurum, Baiburt, Urfá, Bitlis, Malatia, Sivas, Jarpert y también en Diyarbekir. Dichas masacres cobraron la vida de unos 100 mil armenios y el éxodo de algunos miles, entre ellos Gabriel Babayán, quien fue enviado por su familia a Francia para continuar sus estudios en un seminario de la orden y así estar a salvo de los pogromos.



Gabriel Babayán *circa* 1897 antes de partir del Imperio Otomano (colección privada).

Ya en Francia, Babayán decidió no seguir con sus estudios en el seminario, sino embarcarse para “hacer la América”. Fue enviado entonces a Barcelona para que estudiara español en compañía de otro armenio de nombre Simón Abayán. En España aprendió catalán y castellano, que se sumaron a las otras lenguas que dominaba: armenio, árabe, asirio, griego, turco y francés.

Según registros del AGN, bajo el capítulo Armenios, el 15 de octubre de 1935 Miguel Babayán respondió el Cuestionario de Antecedentes requerido a todos los extranjeros que buscaban nacionalizarse mexicanos; en este documento, el inmigrante armenio declaró haber entrado a México a través del puerto de Veracruz en 1897, pero según el recuento escrito y oral de sus nietos, Juan Ignacio y Ana María Babayán, la llegada de éste al país sucedió en una fecha posterior, y fue el fortuito resultado de un incidente que cambiaría el balance geopolítico del continente. El 15 de febrero de 1898, el acorazado *Maine*, enviado a Cuba para cuidar los intereses estadounidenses en la isla, explotó frente a las costas de La Habana, lo que provocó la guerra entre España y Estados Unidos; en esa misma fecha Babayán se dirigía hacia Cuba, y como resultado de la delicada situación de aquel país, su barco fue desviado a Veracruz.

Es posible que lo acompañara Simón Abayán, y que se haya trasladado a la ciudad de México por recomendación de libaneses establecidos en el puerto. En la capital recibe otro consejo y se va a trabajar a las minas de Zacatecas. También es probable que haya trabajado como vendedor ambulante o buhonero. Hacia 1902 hay registros de que radicó en Acámbaro, donde fue dueño del pequeño rancho Los Sauces (en el municipio de Zinapécuaro). Ahí contrajo matrimonio, el 2 de abril, con Guadalupe Porto, hija del español Víctor José Porto (dueño de la Hacienda San Cristóbal) y de la hija de españoles Ysidra García, nacida en Acámbaro. Ahí, entre 1903 y 1908, nacen sus hijos Luz, Víctor José Gabriel, Guadalupe y María Teresa; su última hija, Emma, ve la luz en 1913, cuando los Babayán ya vivían en La Merced.

Ya en la ciudad de México Gabriel Babayán establece una tienda de licores y alcoholes llamada La Victoria, que al principio se encontraba en la calle de Las Cruces, posteriormente en Correo Mayor y finalmente en Uruguay 143. Para los armenios que llegaron a partir de 1922, La Victoria se convirtió en lugar de reunión y de referencia, además del centro al cual



Los primeros armenios-mexicanos: Luz, Víctor Manuel, Guadalupe y María Teresa *circa* 1911 (colección privada).

se podía acudir para conocer a otros “paisanos”. Algunos armenios acudían a Babayán para solicitarle ayuda económica, pedirle que fungiera como aval para rentar una habitación, o incluso para que sirviera como traductor ante los arrendatarios o para llevar a cabo trámites burocráticos. Gabriel Babayán y La Victoria fueron un abrigo para los sobrevivientes del genocidio que llegaron a la ciudad de México, además de la razón más importante para que estos refugiados optaran por establecerse en el barrio.

LOS REFUGIADOS ARMENIOS EN MÉXICO

El derecho mexicano no contemplaba en sus leyes la categoría de refugiado, por lo que otorgaba protección en su suelo a las víctimas de persecución a través de la figura jurídica del asilo. Los sobrevivientes del genocidio armenio llegaron a este país como resultado de su expulsión del Imperio Otomano, por tanto, aunque sus documentos de ingreso no lo mencionen, se trata de refugiados o asilados.

Muchos refugiados, o emigrados forzados, buscan asentarse en lugares no muy alejados geográficamente del país de origen, porque la proximidad permite la acción política en él y facilita el retorno. Eso funcionó en el caso armenio, cuyas comunidades más numerosas en los primeros años del exilio se localizan en las inmediaciones del espacio genocida (Líbano, Palestina, Siria, Grecia, Chipre, Georgia), como si el genocidio hubiese sido una explosión que lanzó a los sobrevivientes armenios a las inmediaciones. Pero con el tiempo, y al darse cuenta del difícil retorno, muchos armenios se fueron asentando en espacios que brindaban oportunidades de trabajo, o países que permitieran el ingreso. Y es que en realidad, el emigrante no escoge el país al que emigra, sino es más bien el país receptor quien autoriza o no la migración, y los refugiados siempre representan un problema extra para los gobiernos, ya que no pueden ser regresados a su país de origen.

Uno de los países más importantes para la emigración política armenia fue Francia, en parte porque existía la necesidad de mano de obra no calificada a causa de la Primera Guerra Mundial. Algunos refugiados-trabajadores fueron reclutados en Siria y Líbano por comisionados de empresas francesas en busca de mano de obra resistente, dócil y no especializada. La SLSA (Sociedad Lyonesa de Seda Artificial por sus siglas en francés) contrató a muchos armenios para su fábrica de Décines, origen de los asentamientos armenios en los alrededores de Lyon. Muchos de los refugiados llegados a Francia, aproximadamente 63 mil entre 1925 y 1938, rápidamente se trasladaron a las zonas en donde existían posibilidades de empleo, como París, Grenoble, Alfortville y Issy-les-Moulineaux, entre otras. Los armenios, acostumbrados a una vida rural, artesanal y de comerciantes en las pequeñas ciudades de Anatolia, se volvieron habitantes proletarios de los suburbios de las grandes ciudades.

Algunos se embarcaron con destino a Marsella, otros tantos esperaban en campos de refugiados (como el Oddo, hasta antes de 1925) u hoteles miserables hasta obtener salvoconductos de países con fuerte tradición migratoria y que contaban con oficinas consulares en muchos puertos del Mediterráneo, como Uruguay o Brasil, pero especialmente Argentina, al que llegaron casi 6.4 millones de inmigrantes, entre ellos 10 mil armenios, entre 1909 y 1930, lo que volvió a este país el de mayor crecimiento relativo de la época.

Otros buscaban emigrar a la “tierra de oportunidades” llamada América (Estados Unidos), sueño idealizado de todo inmigrante armenio y de muchos otros marginados (económicos, raciales, religiosos) de Europa del siglo XIX y principios del XX. Entre 1899 y 1920, casi 70 mil armenios entraron a este país, pero desde 1921 el congreso estadounidense adoptó la medida de permitir el ingreso únicamente al 3 por ciento del número de extranjeros de cada nacionalidad que ya radicaban en Estados Unidos. La Johnson-Reed Immigration Act de 1924 estableció mayores restricciones al aceptar un máximo de 150,000 inmigrantes anualmente, basándose en cuotas sobre el 2 por ciento del número de cada nacionalidad en los Estados Unidos en 1890. Aunque las limitaciones existían desde 1911, año en que algunos grupos pidieron al gobierno que se limitara el ingreso de analfabetas, restricción aceptada por Wilson en 1917; las restricciones se incrementarían contra eslavos (por considerárseles bolcheviques) e italianos (anarquistas). Así, la Primera Guerra Mundial cubrió esa xenofobia con un aura de necesidad patriótica. También existían mayores reservas hacia los pueblos “asiáticos”, aplicado momentáneamente de manera restrictiva hacia los armenios. También en Argentina eran considerados asiáticos, y por consiguiente no tenían acceso al Hotel de Inmigrantes, ni a otras prestaciones que daba el gobierno a los inmigrantes deseados, es decir, europeos. En Canadá se prohibió el ingreso de armenios a partir de 1931, también bajo el argumento de que se trataba de “asiáticos”. Este país ya tenía una política racista y excluyente desde 1905, cuando menos para Columbia Británica, donde se buscaba un “Canadá blanco para siempre”.

De esta manera, a partir de 1924 se dificultó aún más la entrada a Estados Unidos para los armenios, lo que explica que algunos de ellos ingresaran en México con la esperanza de entrar posteriormente al país vecino; especialmente porque la ley de 1921 determinó una excepción para los extranjeros que teniendo un año –cinco decía en 1922– de residencia en el vecino país (México), podrían solicitar su ingreso a Estados Unidos; esta cláusula, conocida como “derecho de vecindado”, se eliminó en 1924. De manera que México fue el receptor de los remanentes de ese desviado flujo migratorio que, por restricciones legales, no llegó al destino inicialmente previsto. Entre estos inmigrantes que escogían México, momentáneamente reinaba la esperanza de trasladarse a Estados Unidos (América), incluso ilegalmente,

fuese por vía terrestre o por mar. Algunos lo lograban afrontando graves problemas. Incluso hubo casos de muerte durante el viaje organizado por traficantes de gente; el diario *Excélsior* del 19 de junio de 1923 (p. 2), por ejemplo, habla de un grupo de italianos asesinados en la frontera y del contrabando de extranjeros en la misma.

Y es precisamente desde comienzos de la década de 1920, e influenciado por las restricciones en Estados Unidos, en que algunos armenios “escogieron” México y otros países de Latinoamérica como destino principal de su exilio, como señala el informe enviado desde México, probablemente escrito por Levón Bodosián, al anuario *Hayrenik* publicado en Boston en 1946:

“En todo México hay apenas 350 armenios. La gran mayoría vive en la capital: la ciudad de México. Se puede decir que es la comunidad Armenia más nueva. Previamente todos han llegado aquí a partir de 1920, en general se han congregado con el objetivo de pasar a los Estados Unidos, pero al no tener éxito, se han quedado aquí”. (*La armenidad en México* (en armenio) *Hayrenik*, Boston, 1946).

La gran mayoría de los armenios censados por Manchukián en 1947 (Anuario *Hayreneik*, 1947) que habían nacido fuera de México, ingresaron entre 1922 y 1929. Caso muy parecido al flujo de inmigrantes judíos que llegaron a México (casi 21 mil hacia 1930), e idéntico al de árabes; libaneses, sirios y palestinos, quienes también estaban en la lista de inasimilables de la Secretaría de Gobernación y cuya afluencia más significativa se dio entre 1924 y 1929. Es evidente que el modelo mexicano de restricción es una imitación del de Estados Unidos, especialmente a partir de 1929 en que se comenzaron a revisar cuidadosamente las solicitudes de visa para ver si alguno de los inmigrantes podría ser un LPC (*Likely to become a Public Charge*), además de plantearse la repatriación de miles de mexicanos a raíz de la crisis económica.

En México, el equivalente de esta ideología se encuentra en la idea de la “raza cósmica”, por lo que se procuraba que todos los inmigrantes que entraran al país rápidamente se fusionaran y los que no se asimilaran quedarían fuera.

De los 345 armenios registrados en el AGN (Registro Nacional de Extranjeros; rubros “URSS”, “Armenia”, “Turquía” y “Grecia”, y Dirección

General de Gobierno; rubro “Armenios”), 263 se establecieron en la ciudad de México. De éstos, tenemos datos (para 1930) sobre la residencia de 220 armenios establecidos en los siguientes barrios:

MERCED	BUEN TONO	ROMA	OTROS
169 (76%)	20 (9%)	7 (3%)	24 (11%)

La Merced concentra a la gran mayoría de los armenios en la década del 30. Y a pesar de que en esas calles traseras del Palacio Nacional y contiguas a la Plaza de La Merced hayan vivido unos 169 de los 220 armenios registrados hacia 1930, no podemos considerarlo como un barrio étnico claramente armenio: en todo caso podríamos hablar de un barrio otomano, ya que ahí estaban asentados también los árabes (libaneses, sirios, palestinos), griegos y judíos, en su mayoría procedentes del extinto Imperio Otomano; de hecho, el barrio era conocido por algunos sectores de la población mexicana como “el canal de Suez”, en clara alusión a la acequia real que había estado en la actual calle de Corregidora y que ahora se encontraba poblada por “turcos”. Y es que ese era el barrio cuyas habitaciones económicas eran de las pocas a las que tenían acceso los emigrantes y refugiados recién llegados a la ciudad de México, además de que, como en el caso Babayán, había algún conocido que facilitaba el asentamiento. El origen geográfico común posibilitaba que existieran relaciones de amistad entre armenios, árabes y judíos, además de que muchos hablaban turco o árabe y se reunían para departir en algunos cafés y restaurantes del barrio. También eran confundidos por la población local, ya que ésta no hacía distinciones y los agrupaba genéricamente como turcos (el “turco ropavejero”) o rusos (“el ruso abonero”), refiriéndose a su ciudadanía específica anterior. Carmen Páez (1984) menciona que el estereotipo de “turco” se vinculaba estrechamente con el oficio que ejercían, de manera que incluso en la actualidad, en ciertas rancherías de la provincia de México así se les llama a los vendedores ambulantes que recorren esos lugares. También señala que a los aboneros y buhoneros se les llamaba “varilleros” y “gringos baratière”, connotación de baratillero pero agregando el estereotipo de “gringo” González Navarro indica que vendían objetos piadosos del Santo Sepulcro y bisutería religiosa

de Palestina, “por lo que se les veía con veneración”, en especial en los primeros años del siglo xx. Sin embargo, pesaba más la opinión de que eran sucios, venían expulsados de otros países de América y que no eran benéficos para el país.

Los departamentos conocidos como El Buen Tono en la colonia Doctores —entre las calles de Doctor Navarro, Doctor Lucio (donde estaba la entrada principal en el número 103), Doctor Liceaga y Niños Héroes— eran dos cuadras de inmuebles de un solo piso que fueron demolidos hacia 1963 para construir condominios. El Buen Tono fue el segundo lugar en importancia para el asentamiento de la comunidad en la década del 30, además en las décadas del 40 y 50 este conjunto de departamentos se convertiría en un verdadero barrio étnico, ya que en él se asentaron muchos armenios originarios de La Merced tras alcanzar cierta comodidad económica, por lo que se convirtió en una suerte de territorio marcado, al no tener vecinos de otras regiones del Imperio Otomano. Este deseo de rentar departamentos juntos es una especie de solidaridad étnica que encarna un “lugar de perennidad identitaria, un mundo cerrado que alberga el estatus familiar al permitirle sustraerse a la mirada de los otros” (Hovanessian, 1995). Era un lugar que servía como núcleo donde se mantenía una especie de “territorialidad étnica”, de hecho, bilingüe, como señala el que sería rector de la UNAM, José Sarukhán:

“Yo nací allí, crecimos hablando armenio y español (...) Teníamos un núcleo muy cercano de armenios que vivían en esa zona. Nos veíamos con mucha frecuencia, yo diría que casi todos los fines de semana había reunión en la casa de alguien” (en Sarafian “La ruta de los armenios (parte V) Ciudad de México” *Generación 3*, Buenos Aires, año 6, n° 14).

Además hay que resaltar que esta “pequeñísima Armenia” de El Buen Tono se circunscribió a un periodo específico (1927-1957), ya que dejó de existir al emigrar los armenios a otros barrios residenciales, acordes con su nuevo status socioeconómico —como Jardines del Pedregal o Guadalupe Inn, fenómeno que también se da con otros extranjeros—, o de plano mudarse a Estados Unidos al obtener una visa para radicar allá —como los hermanos Karekín y Nersés Odabachián y sus esposas—. Sin embargo, a pesar de haber



Familias armenias en ‘las bancas’ de El Buen Tono, *circa* 1945 (colección privada).

cambiado de residencia, los armenios de El Buen Tono mantenían su actividad laboral en La Merced u otras zonas del centro de la ciudad.

LOS COMERCIANTES ARMENIOS EN LA MERCED

Muchos armenios se instalaron en el barrio de La Merced en condiciones precarias tratando de iniciar algún negocio, dedicándose especialmente a los oficios que aprendieron, muchos de ellos, en los orfanatos de Medio Oriente, como los mecánicos-choferes Garabed Antaramián, Torós Demirdjián, Philipós Der Hagopián y Archavir Donikián, o el carpintero Kerope Arakelián (más tarde dueño de Jugueterías Ara). Algunos se dedicaron momentáneamente a la venta de productos en las calles, como Gabriel Babayán y Misak Tiriakián, quien vendía dulces orientales antes de convertirse en zapatero.

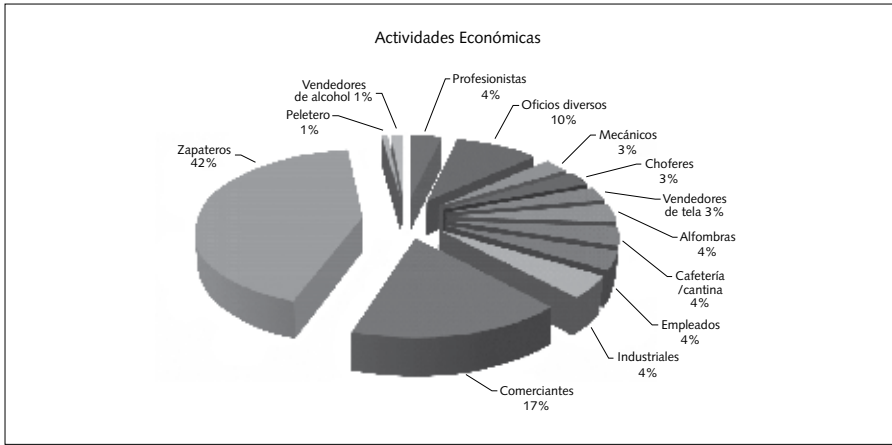
La forma en la que los buhoneros judíos, palestinos, libaneses y armenios iniciaban sus negocios dice mucho de las relaciones de afinidad étnica que prevalecían entre ellos. Así, cuando llegaba algún correligionario liba-

nés, palestino, armenio o judío, según el caso, no faltaba el almacenista de esos orígenes que ayudaba momentáneamente al recién llegado para que se asentara y se iniciará como vendedor ambulante. Había una importante colaboración entre ellos por provenir del mismo Imperio y compartir una civilización e idioma común (el turco o árabe). Muchos de los buhoneros recibían crédito de mercancías para vender en abonos, una práctica desconocida en ese momento en México, nos dice González Navarro, y que produjo que muchos artículos indispensables bajaran sus precios y se pusieran al alcance de las “clases laborantes”.

El duro trabajo de los buhoneros-aboneros les hacía trabajar toda la semana siguiendo un forzado régimen de ahorro, motivo por el cual, en un corto tiempo, lograron independizarse y fundar una tienda o local comercial, algunos un pequeño taller que se convertiría en fábrica. De esta forma, rápidamente los armenios dieron un giro laboral para dedicarse al comercio y fabricación de zapatos. El caso de los zapateros es importante ya que en



Buhonero armenio vendiendo vestidos *circa* 1925 (colección privada).



las décadas siguientes casi el 42 por ciento de los armenios tendrían un negocio relacionado con la fabricación o venta de artículos de calzado.

Como se observa en la gráfica anterior, los armenios, en su mayoría, se dedicaron a la fabricación y venta de zapatos. En 1930, en la ciudad de México existían 46 talleres de calzado (*Atlas General del DF*, 1930). Los armenios tenían 24 de ellos, aunque es posible que alguno de los que trabajaban en su casa no fueran censados por las autoridades correspondientes; en cualquier caso, es posible estimar poseían entre el 35 y el 45 por ciento de los talleres de calzado de la ciudad. Además de una alta concentración de estos negocios, hasta cuatro en una misma vecindad, había una interacción familiar y de compadrazgo entre los zapateros armenios. También hubo quienes además de taller tuvieron zapatería, como María Mahakián y su hijo Mgrdich Shangochián: contaban con un taller de calzado entretejido para dama en la parte trasera de Correo Mayor 34, y en la delantera tenían la zapatería Casa Mahakián, además vivían en esa misma calle (número 30) a principios de la década del 30.

La simbiosis entre los armenios productores de pantuflas y zapatos y los vendedores de los mismos era intensa: en muchos casos el productor y el vendedor tenían relaciones de parentesco. De las 23 zapaterías de armenios que hay registradas para 1930, algunas estaban también en La Merced o en calles aledañas al barrio. Había algunos vendedores con puestos semifijos en calles como Corregidora. Otros tenían zapaterías, como Dirán Indjián.



Taller de zapatos en Correo Mayor 34 perteneciente a María Mahakián e hijo (colección privada).



Mapa realizado por Emmanuel Ramírez y Carlos Antaramián.

quien tuvo primero El Puerto de Acapulco en la calle de Correo Mayor y después La Bella Cuernavaca en 20 de noviembre, donde había puesto la jocosa y quizá irónica inscripción “Esta Tienda es 100% majacana, tiene bandonflas, guaraches, atendida por 100% majacanos”. Levón Bodosián fundó La Pantufla Ideal en la calle de 20 de noviembre; Misak Tiriakián tuvo la zapatería Armén en la calle de López; Narciso Odabachián la Narciso en Bucareli (estos tres últimos vivían en El Buen Tono); Hagop Piloyán la zapatería Ara y Harutiún Momdjián la Armenuhí. Abraham Der Stepanián (Dersdepanián) iniciaría en esas calles el emporio zapatero Karele y la familia Hamparzumían el Taconazo Popis, María Mahakián y su hijo Mgrdich Shangochián tuvieron la zapatería y artículos de ropa Casa Mahakian y Maja, que estuvo primero en Correo Mayor, luego en Monte de Piedad, más tarde en 16 de septiembre y finalmente en 5 de febrero.



“Casa Mahakián”, Correo Mayor 34 (colección privada).

En La Merced también tenían sus negocios otros armenios que no se dedicaban a la venta o fabricación de calzado, como los vendedores de telas Garabed Hekimián (Correo Mayor), Hagop Garoyán (Corregidora) y Tomás Sukiassián, el abarrotero Jachadur Takessián (Academia), Garnik Sandracor-sián –quien tenía un carrito de salchichas–, el peluquero Garabed Matiossián (Corregidora) y por supuesto mantenía su tienda referencial de licores y alcoholes Gabriel Babayán. Además, en el barrio de La Merced también había 53 mujeres armenias que trabajaban como amas de casa (“hogar”).

RESTRICCIONES DE INGRESO

Aunque durante los gobiernos de los generales Álvaro Obregón (diciembre de 1920-noviembre de 1924) y Plutarco Elías Calles (noviembre de 1924-1928) la entrada a este país, considerado un “cuerno de abundancia”, era relativamente libre para cualquier persona,¹ a partir de 1927 comenzaron a surgir proyectos que buscaban limitar el ingreso de algunos inmigrantes; especialmente porque se consideraba que sólo usaban al país para ingresar a Estados Unidos. Así, hasta 1923 la inmigración a México se regía por la legislación porfirista basada en la Ley de Inmigración de 1908, en la que sólo se restringía el ingreso de inmigrantes que estuvieran enfermos.

Los criterios de asimilabilidad que existían en México eran tajantes y claros, como señala Silvia Seligson citando la postura del Partido Conservador a fines del siglo XIX en la prensa mexicana: “Siendo México un país de católicos, la inmigración no católica es no sólo indeseable sino incluso un crimen social” (*El Tiempo* 17 de abril de 1889). En materia de inmigración, algunas posturas conservadoras en México no difieren en nada de la posición del gobierno español durante la Colonia. El país seguía prefiriendo la inmigración europea y católica, especialmente española y francesa, belga o

¹ “Nosotros debemos abrir nuestras fronteras para todos los hombres de cualquier país que traigan un contingente de moral y de cultura, y que vengan de buena fe a confundir sus esfuerzos con los nuestros, para arrancar de nuestra pródiga tierra las riquezas que han de servir de base a nuestro bienestar futuro” (Discursos del General Álvaro Obregón, 1932). “Todos los extranjeros tienen en este país un amplio campo de acción. Los extranjeros pueden venir con la seguridad absoluta de que aquí encontrarán toda clase de afectos y atenciones, siempre que vengan a desarrollar con nosotros una labor ecuánime (...) que vengan a cumplir y a respetar nuestras leyes y nuestras instituciones; en una palabra, que vengan a convivir con nosotros” (Discurso de Calles en *Excelsior* 25 de febrero de 1926) (*apud* Gleizer Salzman, 2000:68).

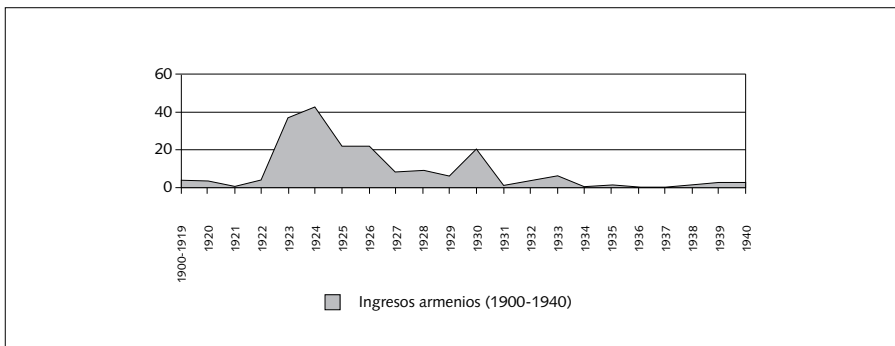
italiana por ser “gente de nuestra raza” y fácilmente asimilable. Otros, como los ingleses o alemanes, eran recomendables por su disposición ante el trabajo; con estos criterios, al final del porfiriato el consenso era que “todo lo que no sea Europa no es más que plaga en materia de inmigración”.

En 1927 (Diario Oficial del 15 de julio) fue publicado el primer documento de selectividad, que restringía el ingreso, bajo argumentos de tipo económico –dedicarse al comercio ínfimo y al agio–, de trabajadores de los siguientes orígenes; sirio, libanés, armenio, palestino, árabe y turco. El informe de labores de la Secretaría de Relaciones Exteriores de ese año agrega a los indobritánicos, chinos y “negros”, restricciones estas últimas que no aparecen en el Diario Oficial por considerarse prohibiciones confidenciales. Aunque la inmigración “india” ya había sido prohibida desde diciembre de 1923 “debido a sus malos hábitos y costumbres inmorales (...) miserables, vagos, enfermos, rebeldes de doctrinas disolventes, tahúres y en general gente maleda”.

El decreto restrictivo de 1927 se basaba en un “criterio racista, pues se hacía no sólo para proteger a los trabajadores, sino para ‘evitar la mezcla de razas que se ha llegado a probar científicamente produce una degeneración en los descendientes’”. Las posiciones “científicas” de Gobineau o de Broca, muy populares entre los hombres de ciencia mexicanos de entonces, determinaban que la mezcla de árabes, judíos o armenios con mexicanos producían seres degenerados, y fue uno de los criterios utilizados para determinar el ingreso de estos grupos a México a partir de 1927. Así, el Departamento del Distrito Federal explicó, en 1928, que era preciso mejorar la raza mediante el mestizaje y que éste no se podía lograr “ayuntando” a los mexicanos con “individuos de insignificante linaje” (Memoria Administrativa, Geográfica y Descriptiva del Distrito Federal citado por González Navarro 1994).

Las puertas para estas “razas indeseables” seguían abiertas para aquellos que tuvieran un capital no menor de 10 mil pesos o depositaran una fianza estipulada por la Secretaría de Relaciones Exteriores, algo sumamente difícil para un refugiado proveniente de un genocidio. De hecho, según el capital declarado en sus documentos de naturalización, ninguno de los armenios de México rebasaba los 10 mil pesos de capital en la década del 30. Aunque hay que reconocer que se otorgaban facilidades para

traer a sus familias a aquellos extranjeros que ya hubiesen sido naturalizados con un mínimo de cuatro o cinco años de residencia en México, y tuviesen solvencia económica. Gracias a ello, en la década de 1930 entraron unos pocos armenios (36) a México. Los armenios que ingresaron después de 1930, todos entre 1930 y 1933, ya tenían un familiar asentado con anterioridad en México, el cual había “arreglado” los permisos de ingreso para sus parientes. Desde 1932 los permisos de internación eran muy difíciles de obtener y por consiguiente la comunidad no aumentó en número.



Hacia finales de 1929 se emitió un acuerdo entre la Secretaría de Gobernación y la de Relaciones Exteriores que reiteraba la prohibición de ingreso para los trabajadores de origen sirio, libanés, armenio, palestino, árabe, chino, turco, polaco y ruso, porque se consideraba que ya habían llegado al límite en el cual su presencia era desapercibida y que en adelante su influencia sería desfavorable, ya que comenzaba a notarse su presencia en la economía debido a las actividades que desarrollaban y su concentración en los centros urbanos. La Secretaría de Gobernación dispuso suspender la expedición de permisos de entrada para esas naciones a partir del primero de enero de 1930, todavía bajo la administración de Emilio Portes Gil, salvo para aquellos que vinieran a reunirse con sus familiares ya naturalizados.

El 30 de agosto de ese mismo año, ya bajo lineamientos de Pascual Ortiz Rubio, se publicó la Ley de Migración, que nuevamente toma criterios étnicos y raciales para la selección de trabajadores e inversiones, reglamentando desde ese momento la inmigración a partir de la capacidad de

los inmigrantes de asimilarse a la población mexicana; desde ese momento la inmigración para los “inasimilables” fue casi imposible, y abundaban argumentos como la prohibición del 19 de mayo de 1931, contra la llegada de húngaros: “plaga de desaseados cartomancios que raptan niños” (*apud* González Navarro, 1994). El 27 de septiembre de 1932 se discutió en la Cámara de Diputados la viabilidad de hacer una campaña profiláctica contra los extranjeros indeseables, aclarando que no era xenofobia “sino derecho de un país a seleccionar a sus moradores de otras nacionalidades” (*apud* Gojman y Carreño, 1993). El 17 de octubre de 1933, la Secretaría de Gobernación, bajo el mando de Abelardo Rodríguez, emite la Circular Confidencial número 250 que inicia con la leyenda ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL pero que fue descifrada, con una clave que corresponde a la palabra “México”, por Ángel López Gómez. Dicha circular prohibía, “por razones étnicas”, la entrada de las siguientes “razas” (sic); negra, malaya, hindú y amarilla (exceptuando la japonesa); “por razones políticas”, el ingreso de nacionales de la URSS (donde se incluye a muchos armenios); “por sus malas costumbres y actividades notoriamente inconvenientes”, a los gitanos, pero también a la gente aventurera y a los eclesiásticos extranjeros. Esta misma circular consideraba, asimismo, poco deseable la inmigración de los siguientes nacionales: polacos, lituanos, checos, eslovacos, sirios, libaneses, palestinos, armenios, árabes y turcos, ya que “la experiencia ha demostrado que por la clase de actividades a que se dedican en el país, las que con rarísimas excepciones, constituyen un motivo de competencia desventajosa para nuestros nacionales, su inmigración debe considerarse poco deseable”.

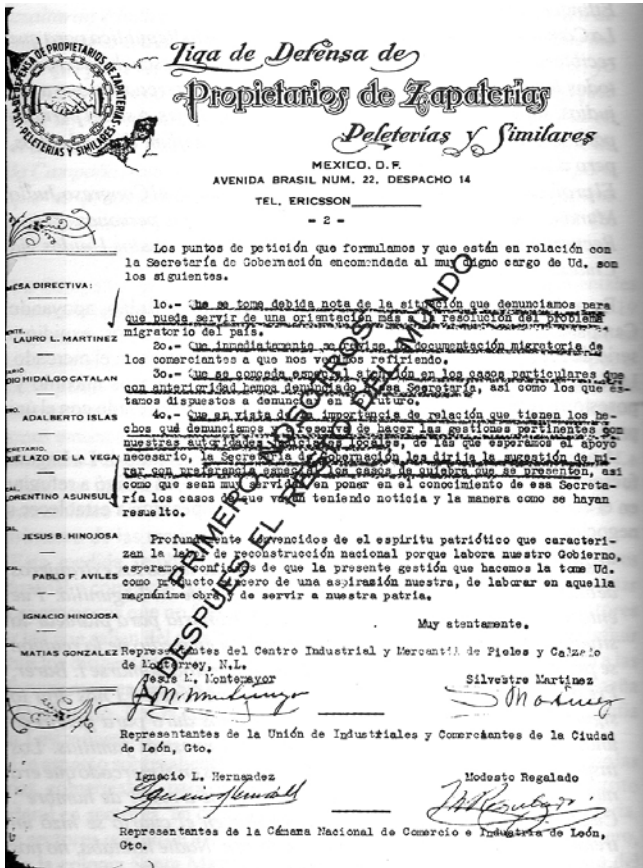
Pero no sólo el gobierno tenía una política anti-inmigrante basada en argumentos racistas, ya que dentro de la misma sociedad civil hubo un surgimiento de movimientos ultranacionalistas. Algunos de estos grupos resultaron un instrumento eficaz de combate a los “indeseables”, vistos como un demonio al que había que expulsar. Entre estos grupos se encontraba la Liga Nacional contra la Penetración China y Judía, fundada en 1930 y que buscaba limitar la participación de los indeseables en el comercio y restringir su ingreso. También se fundaron la Asociación Nacionalista de los Estados Unidos Mexicanos, la Confederación de la Clase Media y la Acción Revolucionaria Mexicanista (o Camisas Doradas), establecida en 1934 por Nicolás Rodríguez. Otro grupo fue el Comité Nacional Pro-Raza,

que buscaba proteger al trabajador nacional expulsando al extranjero indeseable, en especial a los aboneros (chinos, turcos –entre ellos se contaba a los armenios–, árabes, lituanos, y otros usureros que se confunden por sus idénticos sistemas de especulación) y evitando la inmigración de todas las razas inasimilables. En sus declaraciones, dicen que defienden “sobre todo a zapateros (confrontación directa con los armenios), sastres, ebanistas, alfareros, comerciantes ambulantes, fotógrafos, plateros, músicos, todos ellos pertenecientes a un sector de la clase media con algún oficio” (Pérez Montfort, 1982).

De hecho, el Comité Pro-Raza no sólo consideraba que los extranjeros deberían ser rechazados, sino también que se debería evitar que contaminaran el cuerpo social mexicano: “Combatir mediante una campaña de convencimiento el que las mujeres mexicanas se unan en matrimonio o amasiato con los extranjeros indeseables o degenerados” (Pérez Montfort, 1982). Dicha opinión no quedaría restringida a ese grupo de derecha urbana, ya que para el caso chino circularon algunas notas de periódicos de la época diciendo lo siguiente: “(...) Lo mucho peor, en fin, lo que pone una grave interrogación en las perspectivas del porvenir, es que los chinos empiezan a cruzarse con mexicanas indígenas, dando esto un producto espantable por lo que mira a los caracteres raciales” (El Universal, mayo de 1925 *apud* Meyer, 1977). El Tiempo se preguntaba a principios del siglo xx qué podía esperarse del mestizaje del fumador de opio con la bebedora de pulque, El País lamentó por entonces que mexicanas “estrechadas por la miseria” continuaran casándose con individuos “tan raquíuticos y degenerados como los chinos”. Mucho más violenta fue la prensa sonorenses: un periódico de Guaymas criticó en 1901 la unión del enclenque chino con la prostituta mexicana “degenerada de las últimas capas de la escoria social”; tal unión daría por resultado “el hongo de los gérmenes más infectos”; se unirían “supersticiones del indio con la tradicional abyección del chino. Esa mezcla inmundada, ¿podrá humanamente ser admitida en la comunión de los pueblos americanos como representante de la humana especie?” (González Navarro, 1994).

Las organizaciones nacionalistas mexicanas trabajaban repartiendo propaganda xenófoba y boicoteando a los comerciantes foráneos, especialmente a los judíos y chinos, pero también a libaneses, sirios, polacos, armenios y a otros pertenecientes a las “razas indeseables”. De igual forma,

gestionaban ante los poderes legislativos la revisión de la Ley de Inmigración, con el objeto de restringir el ingreso de los extranjeros indeseables a México. Aunque no haya sido directamente por su influencia, el gobierno mexicano lo haría en 1936. Los Camisas Doradas serían un violento grupo de choque que apaleaba comunistas y judíos y cuyo discurso se regía por el lema “México para los mexicanos”. Las mismas autoridades consideraban “judíos” a algunos armenios, como lo muestran los documentos de naturalización de Arturo Sarukhan; en un memorando del 25 de abril de 1933, el subjefe de delegación menciona que no se encontró ningún registro del “señor Saru



Khan, de nacionalidad armenia. Posiblemente verificó su internación con su verdadero nombre hebreo” (D.G.G. 2.361.11189). O como el caso de María Mahakián, en que el oficial encargado de realizar el cuestionario dice en 1929: “Es de religión israelita, y su pueblo natal es Halpur, Turquía, pero posteriormente este pueblo pasó a posesión de Armenia” (D.G.G. 2.361.3723). Es plausible considerar que, si entre oficiales gubernamentales existía tal confusión, entre la gente del pueblo debió ser aún mayor.

Las manifestaciones contra los extranjeros no se circunscribieron a los movimientos nacionalistas: algunos armenios recuerdan las constantes e hirientes burlas por ser “turco”. Lo mismo menciona Musalem para el caso palestino, a los que se les llamaba “camello”, “¡oye tú de Allah!” o “¡árabel!”, una especie de manifestación del nacionalismo infantil que se estaba estructurando de manera oficial en México. Pero también hubo manifestaciones en contra de sus actividades laborales de manera directa: la Liga de Defensa de Propietarios de Zapaterías, Peleterías y Similares fue un grupo de comerciantes que también buscaba limitar en ese sector a los extranjeros, y debido al alto porcentaje de armenios que laboraban en ese ramo (casi 40%), dichas manifestaciones xenóforas los afectaban directamente. En una carta dirigida al Secretario de Gobernación (no aparece la fecha pero es de la década de 1930) está sobreimpresa la leyenda “Primero Nosotros y después el resto del mundo”. La carta enumera cuatro puntos, dos de los cuales recomiendan soluciones para resolver el problema migratorio del país, como revisar la documentación migratoria de los casos presentados, entre los cuales es probable que se encontrara el de alguno de los 350 armenios que ingresaron antes de las restricciones. Dichos individuos, ante los ojos del gobierno mexicano y algunos grupos nacionalistas, representaban una amenaza para el comercio en el barrio de La Merced de la ciudad de México. ❧

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA

- Alonso, Angelina (1983) *Los libaneses y la industria textil en Puebla*. Cuadernos de la casa chata N° 89, CIESAS, México, 1983.
- Atamian, Sarkis (1955) *The Armenian Community. The Historical Development of a Social and Ideological Conflict*. Philosophical Library, Nueva York, 1955.

- Atlas General del Distrito Federal (1930). Tomo Primero. Adicionada en los Talleres Gráficos de la Penitenciaría, sección Talleres, México DF, 1931.
- Boulgourdjian-Toufeksian, Nélica (1997) *Los Armenios en Buenos Aires. La reconstrucción de la identidad (1900-1950)*. Edición del Centro Armenio, Buenos Aires, 1997.
- Caro Figueroa, Gregorio (2000) “Los que vinieron” en Luna, Félix (dir.) *Todo es Historia* N° 398 “Inmigrantes, un proyecto colosal para la Gran Argentina”. Buenos Aires, septiembre 2000.
- Carreño, Gloria y Blanca López (1996) *Marco legal de la inmigración judía a México. 1900-1950*. Comunidad Ashkenazí de México A.C., Cuadernos de Investigación N° 5, México, 1996.
- Carreño, Gloria (1993) *Pasaporte a la Esperanza*. Tomo I, Generaciones Judías en México. La Kehilá Ashkenazí (1922-1992), Comunidad Ashkenazí de México A.C., México, 1993.
- Casab Rueda, Ulises (1999) “La Comunidad Caldeo-Iraquí” en Inclán, Rebeca *et alri* (1999) *Medio Oriente en la ciudad de México*. Instituto de Cultura de la ciudad de México, México, 1999.
- Chichekian, Garo (1987) “Emigrants vers le Nouveau Monde” en *Ani. Cahiers Arméniens* n°3, 2° semestre 1987, Revue du Centre de Recherches sur la Diaspora Arménienne, Paris, 1987.
- Douredjián, Alberto y Daniel Karamanoukián (1993) *La Inmigración Armenia en el Uruguay*. Tomo I, Edición de los autores, Montevideo, 1993.
- Duque-Saberi, Isabel Arline (1997) “La migración india *sikh* en México: 1920-1940” en Ota Mishima, María Elena (1997) *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX*. El Colegio de México, 1997.
- Excelsior*, México, 4 de junio de 1931, p.1. “No hay ley que obligue a los extranjeros a dedicarse a una actividad determinada”.
- Gleizer Salzman, Daniela (2002) “La política mexicana frente a la recepción de refugiados judíos (1934-1942) en Yankelevich, Pablo (coord.) (2002) *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*. Plaza y Valdés, Primera edición, México, 2002.
- Gleizer Salzman, Daniela (2000) *México frente a la inmigración de refugiados judíos 1934-1940*. Conaculta-INAH, México, 2000.
- Gojman de Backal, Alicia (1993) *De un Minyán a una Comunidad*. Tomo II,

- Generaciones Judías en México. La Kehilá Ashkenazí (1922-1992), Comunidad Ashkenazí de México A.C., México, 1993.
- Gojman de Backal, Alicia y Gloria Carreño (1993) *Parte de México*. Tomo VII, Generaciones Judías en México. La Kehilá Ashkenazí (1922-1992), Comunidad Ashkenazí de México A.C., México, 1993.
- González Navarro, Moisés (1994) *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*. Volumen II y III, El Colegio de México, México, 1994.
- Grosso, Bruno (2002) “Los exilios europeos en el siglo XX” en Yankelevich, Pablo (coord.) (2002) *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*. Plaza y Valdés, Primera edición, México, 2002.
- Hayrenik* (Anuario) en armenio, Boston 1946.
- Hayrenik* (Anuario) en armenio, Boston 1947.
- Hekimian, Kim (1990) “Armenian Immigration to Argentina: 1909-1938” en *Armenian Review*. Volume 43 Number 1/169, Boston, primavera 1990.
- Hovanessian, Martine (1995) *Les Arméniens et leurs territoires*. Autrement, París, 1995.
- Lepkowski, Tadeusz (1991) *La inmigración polaca en México*. CIESAS Cuadernos de la casa chata, México, 1991.
- Meyer, Jean et altri (1977) *Historia de la Revolución Mexicana, 1924-1928. Estado y sociedad con Calles*. El Colegio de México, México, 1977.
- Mouradian, Claire (1990) *De Staline à Gorbatchev, histoire d'une république soviétique: l'Arménie*. Ramsay, París, 1990.
- Musalem, Doris (1997) “La Migración palestina a México. 1893-1949” en Ota Mishima, María Elena (1997) *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX*. El Colegio de México, México, 1997.
- Musalem, Doris (1999) “La comunidad palestina en México” en Inclán, Rebeca et altri (1999) *Medio Oriente en la Ciudad de México*. Instituto de Cultura de la Ciudad de México, México, 1999.
- Ota Mishima, María Elena (1997) *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX*. El Colegio de México, México, 1997.
- Páez Oropeza, Carmen Mercedes (1984) *Los libaneses en México: asimilación de un grupo étnico*. INAH, México, 1984.
- Pérez Montfort, Ricardo y Lina Odena Güemes (1982) *Por la Patria y por la Raza. Tres movimientos nacionalistas 1930-1940, Documentos*. Cuadernos de la casa chata N° 54, CIESAS, México, 1982.

- Pérez Montfort, Ricardo (2000) *Juntos y Medio Revueltos. La Ciudad de México durante el sexenio del General Cárdenas y Otros ensayos*. Sábado Distrito Federal, Ediciones ¡UníoS!, México, 2000.
- Salazar, Delia (2002) “Extraños en la ciudad. Un acercamiento a la inmigración internacional a la ciudad de México, en los censos de 1890, 1895, 1900 y 1910” en Salazar, Delia (coord.) (2002) *Imágenes de los inmigrantes en la ciudad de México, 1753-1910*. Plaza & Janés, Primera edición, México, 2002.
- Seligson, Silvia (1983) *Los judíos en México: Un estudio preliminar*. Cuadernos de la casa chata N° 88, CIESAS, México, 1983.
- Ter Minassian, Anahide (2001) « Vienne, ou des étrangers dans la ville » en Ayanian, Jean (2001) *Le Kemp, une enfance intra-muros*. Éditions Parenthèses, Marsella, 2001.
- Zeraoui, Zidane (1997) “Los árabes en México: El perfil de la migración” en Ota Mishima, María Elena (1997) *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XX y XXI*. El Colegio de México, México, 1997.
- Archivo General de la Nación (AGN), Registro Nacional de Extranjeros (RNE):
 Rubro URSS (cajas 1-2-3).
 Rubro Turquía (cajas 1-2).
 Rubro Armenia (caja 1).
- Archivo General de la Nación (AGN), Inquisición (Inq.):
 AGN Inq. Vol 829, exp. 7, fs. 544-60v.
 AGN Inq. Vol 829, exp. 6, fs. 524 v.

El lugar de paso

Philip Marsden

PRELUDIO

Un verano, mientras caminaba por las colinas al este de Turquía, encontré un pequeño pedazo de hueso. Estaba mezclado con los restos de un derrumbe y evidentemente llevaba allí muchos años. Froté su superficie blanquizca y examiné las desgastadas protuberancias de las articulaciones; supuse que era la extremidad de algún animal doméstico y lo guardé en mi bolsillo.

Más allá del montículo de tierra, el terreno se extendía hacia un valle árido que recorría la planicie de Kharput. El llano era apenas distinguible y alcancé a ver un camión que lo atravesaba, dejando una cortina de polvo a su paso. Continué mi camino, bajando hacia el valle. Era un lugar extraño, tranquilo, y tras rodear un promontorio, me hallé frente a los restos de un pueblo. Un pastor estaba en cuclillas, a la sombra de un muro caído, silbando. Le mostré el pedazo de hueso y señalé las ruinas a su alrededor.

El pastor asintió, frotándose las manos en un gesto nada ambiguo. Dijo, simplemente, “*Ermeni*”. Luego tomó el hueso y se lo lanzó a su perro.

Ermeni: los armenios. Los libros guía casi no los mencionaban, pero todos los lugares a los que fui durante las siguientes semanas, cada valle de la desierta planicie, estaban de alguna forma impregnados de los armenios. Al llegar una mañana a la vera del lago Van, tomé un bote a la isla de Aghtamar. El lugar fue alguna vez la corte de un monarca armenio, centro de un diminuto reino estrangulado entre Persia y Bizancio. Ahora se encontraba deshabitado.

¹Traducción del inglés de Elizabeth Flores.

Continuando hacia el norte, alrededor de las colinas más bajas del monte Ararat, llegué a las ruinas de la ciudad armenia de Ani. Su extraordinaria catedral de mil años de antigüedad, en tierra de nadie entre la frontera turco-soviética, estaba abierta al cielo, y servía de refugio a tres ovejas de aspecto enfermo. Tras mucho caminar siguiendo el sendero que marcaba un arroyo hacia su origen cerca de Digor, encontré una iglesia armenia de diseño tan perfecto, que al principio no reparé en que su techo se estaba derrumbando, y que en sus paredes había agujeros.

Dejé Anatolia con un puñado de preguntas sin respuesta. ¿Quiénes eran estas personas, y qué había ocurrido? Sabía tanto como la mayoría —que los turcos cometieron algo terrible durante la primera Guerra Mundial, que Armenia fue la primera nación cristiana, que durante siglos había existido en los márgenes del mundo clásico—. Pero esto no constituía una explicación. Todo lo que aprendí de los armenios sólo servía para profundizar el misterio, para volverlos más sorprendentes, enigmáticos.

Al año siguiente viajaba por el norte de Siria y conocí a un arqueólogo en Aleppo. Sabía bastante sobre los armenios y una tarde me llevó a conocer a Torkom, un abogado armenio, anciano, de rostro huesudo y un par de ojos de un azul profundo. Torkom vivía solo, al final de unas escaleras de caracol. Su habitación era oscura y húmeda: estaba llena de libros. Alguien había construido algunas repisas con cubierta de vidrio que contenían manuscritos, y estos brillaban con una luz amarilla; parecían órganos conservados en formol en probetas de laboratorio.

Cuando escuchó que estaba interesado en los armenios, Torkom me miró con cautela. “¿Por qué?” Contesté que había estado en el oriente de Anatolia.

“¿Sí?” Le conté sobre la catedral de Ani y la iglesia de Digor, acerca del hueso y los pueblos en ruinas. Él se encogió de hombros como diciendo: “¿Y qué buscas?” Pero cuando mencioné el Lago Van, me dijo: “Mi familia era de Van. ¿Ves mis ojos? Tengo ojos de Van: azul intenso.”

“Como el lago”, contesté. Me sonrió y me condujo a un cuarto interior. En un muro colgaba una fotografía del monte Ararat. Debajo había un gran escritorio, cubierto de papeles.

“¿Sabes algo de las marchas?”, preguntó. “Muy poco.”

Abrió uno de los cajones y me entregó la copia fotostática de un mapa dibujado a mano. Años de entrevistas habían ido a parar a aquel bosquejo,

afirmó. Había trabajado en colaboración con un chofer de camión que conocía todos los pueblos y valles del norte de Siria, y habían completado la información oral con los pocos recuentos escritos existentes para dibujar el mapa. A mis ojos se parecía un poco a una gráfica representando las mareas: una masa de flechas en remolino que apuntaban hacia abajo. Pero al mirar con detenimiento, las flechas se sobreponían a un mapa del Cercano Oriente y todas se dirigían más o menos en la misma dirección, lejos de Anatolia, hacia el sur, a través del desierto sirio.

Pasé el día siguiente en la biblioteca de Torkom.

24 de abril de 1915: las autoridades turcas arrestaron a los 600 armenios más importantes de Constantinopla. Detuvieron a otros cinco mil en el barrio armenio de la ciudad. Muy pocos fueron vistos de nuevo.

En el interior, las fuerzas turcas comenzaron a deportar armenios. Torkom me mostró el reporte publicado de uno de los pocos extranjeros que habían presenciado lo que estas deportaciones realmente constituían. Leslie Davis había sido cónsul estadounidense en Kharput. Había observado el ir y venir de los grupos de armenios: lo alcanzaron los rumores. Por tratarse de una época de guerra, sus movimientos se encontraban severamente restringidos y no había logrado confirmar lo que escuchó. Pero una mañana, antes del amanecer, logró colarse a las afueras de la ciudad. Cabalgó hasta la meseta de Kharput.

En todos los lugares a los que fue encontró armenios. Enterrados al azar en las cunetas, las extremidades medio carcomidas por perros carroñeros; vio restos de huesos carbonizados en los lugares en donde habían enterrado los cadáveres; observó los cuerpos hinchados de los muertos más recientes y en algunos lugares, la capa de restos era tan profunda que su caballo tuvo problemas para evitarlos. Conforme el día avanzaba, Davis cabalgó internándose en las colinas. Llegó a la orilla del lago Goeljuk. Aquí, en los valles que conducen al lago, el panorama era el mismo: cuerpos esparcidos entre los arbustos, en montones, por cientos... al pie de precipicios, en arroyos, en grietas escondidas en la tierra.

Los que no murieron de una vez fueron reunidos en convoyes: se les condujo hacia el sur. Éstas eran las marchas. Davis logró compilar un recuento de apenas uno de estos aterradores convoyes; uno que salió de Kharput el primero de julio de 1915:

- Día 1 Tres mil armenios dejan Kharput. Escolta de 70 zaptieh bajo las órdenes de Faiki Bey.
- Día 2 Faiki Bey obtiene 400 liras del convoy a cambio de seguridad. Faiki Bey desaparece.
- Día 3 Primeras niñas y mujeres tomadas por los kurdos. Violaciones descaradas por los zaptieh.
- Día 9 Todos los caballos son devueltos a Kharput.
- Día 13 200 liras tomadas por los zaptieh. Zaptieh desaparecen.
- Día 15 “Guardia” kurda toma 150 hombres, los asesina, luego roba convoy. Se une otro convoy de Sivas. El número aumenta a 18 mil.
- Días 25 a 34 Acosados por pobladores locales. Muchas mujeres tomadas.
- Día 40 Éufrates Oriental. Ropas manchadas de sangre a la orilla del río; 200 cadáveres en el agua. Armenios obligados a pagar para no ser arrojados al río.
- Día 52 Kurdos toman todo, incluyendo ropa.
- Días 52 – 9 Desnudos, sin comida o agua. Las mujeres caminan encogidas por vergüenza. Mueren cientos bajo el sol. Obligados a pagar por agua. Dinero escondido en el cabello, boca, genitales. Muchos se arrojan a los pozos. Moradores árabes les dan ropa, por lástima.
- Día 60 Quedan 300 de los 18 mil.
- Día 64 Los hombres y los enfermos son quemados vivos.
- Día 70 Llegan 150 a Aleppo.

Cuando, tras varias horas de leer este tipo de recuentos, me levanté, me sentía mareado, atontado. Volví a caminar hacia el centro de Aleppo, cruzando sus estrechas y altas calles, con sus autos de la década de los 50, y el sonido característico de los zuecos. Pero no pude borrar de mi mente las imágenes de las masacres. Seguí caminando hasta bien entrada la noche y para el momento en que volví a mi hotel, ya había decidido averiguar más. Un lugar, en especial, me había impactado: cierta cueva en Shadaddie. Rehice mis planes: tomé el mapa y una carta de presentación de Torkom y salí de Aleppo, rumbo al desierto.

Al sur del pueblo de Hassakeh, el autobús seguía el camino, una recta de varios kilómetros. Bajaba y volvía a subir, se diluía, pero no cambiaba de dirección. Al costado, los postes de telégrafo hacían eco en la distancia, hasta que

la bruma de calor disolvía todo en una masa brillante. En el mapa de Torkom, Shadaddie no era más que un punto en el desierto. Una delgada flecha, que bajaba desde Ras ul-Ain, apuntaba hacia él. Ahora había una estación de extracción de crudo y en una de las casas prefabricadas encontré a un técnico que asintió cuando le mostré la carta de Torkom: sí, conocía la cueva.

El técnico me llevó a las afueras del pueblo en un jeep maltratado. Me senté, medio escondido en la parte de atrás, y en los retenes me metía debajo del asiento; nos encontrábamos cerca de la frontera iraquí y los campos petroleros estaban bien resguardados.

Un viento seco soplaba entre las ventanas plásticas del jeep. Corría atravesando el desierto y hacia el montón de colinas que se veían a lo lejos. Era un viento frío, inclemente, y en algunos lugares había desgastado la capa de arena de las rocas y la cuarcita brillaba debajo, tan blanca como huesos. Nada crecía aquí. Las únicas cosas que se movían eran las siluetas sin vida de las bombas de agua impulsadas por mulas. Dejamos la carretera y bajamos la velocidad; llegamos a un camino de terracería. Lo rodeaban las formas ovales de dunas compactadas. El auto se sacudió a lo largo de todo el camino hasta que las dunas dieron paso a una amplia depresión. El técnico detuvo el jeep y puso el seguro de mano. Encendió un cigarrillo al mismo tiempo que señalaba hacia el hueco.

Inundaciones repentinas habían dejado un corte profundo que se extendía hasta la roca inferior. Seguí el canal, parecido a una cañería seca, hasta el lugar donde de pronto se abría hacia la boca de una cueva. Asomándome allí, pude ver la cámara extenderse como si se tratara de la cúpula de un faro. Al bajar, caí en una superficie húmeda y lodosa. Tres palomas asustadas salieron volando hacia la superficie. Al pie de un muro, donde pegaba el sol, había un enorme lecho de musgo. Hacia abajo, a un lado, un pasaje conducía hacia la oscuridad. El aire era caliente y pesado y sentí que ahí, si es que había tal lugar, se encontraba la historia armenia –escondida debajo de una cúpula lodosa, en un área sellada y considerada secreto de Estado, oculta y enterrada en un hueco entre mil otros huecos, debajo de la corteza de un desierto que se extiende miles y miles de kilómetros en cualquier dirección–. Aquí fue donde Armenia concluyó.

Encendí una bengala y bajé por el pasaje. No había ninguna señal en absoluto de lo que había ocurrido, nada que mostrara que esto había sido

en otro tiempo cualquier otra cosa que no fuera un enorme drenaje para las tormentas en medio del desierto.

Pero para los zaptieh había sido una solución hecha a la medida. Al vaciarse las montañas, el desierto sirio se llenó de armenios. Llegó la orden de Constantinopla: limpiar el área. Se adoptaron todo tipo de métodos. Fusilarlos era lento. A algunos los lanzaron al río. Muchos simplemente perecieron de hambre y sed. Shadaddie proporcionó su propio método natural. El pasaje era muy largo y amplio.

Los guardias trajeron aquí a los armenios y los obligaron a entrar: a miles; entre más entraban, los primeros tenían que ir avanzando hacia el fondo del pasaje. Luego, los guardias reunieron maleza en la entrada y le prendieron fuego. Esa noche hicieron guardia frente a la cueva, acampando a la orilla de la depresión. Luego volvieron a la ciudad.

Pudieron haberse salido con la suya (¿habrá otros Shadaddies que se desconocen?) de no haber sido por un chico que logró respirar suficiente aire en algún lugar dentro de la cueva, y sobrevivir, y tres días después, arrastrarse sobre los cuerpos y las cenizas, y volver al desierto.

El pasaje continuaba, curvándose y retorciéndose de formas que nunca pude haber imaginado. Veía muy poco alrededor del pequeño tubo de luz amarilla. El aire se enrareció y ya no podía sentir la brisa proveniente de la entrada. Me sentía atraído hacia las profundidades del túnel por un extraño e irresponsable deseo. Cada paso parecía alejarme más de lo familiar. Detrás de mí sentía un enorme vacío: y uno mayor delante. Irrumpía, como un ladrón de tumbas motivado por algo más oscuro que la codicia: me impulsaba la curiosidad. Sabía que no encontraría nada, pero aun así seguí. Seguí sin pensar. Seguí porque dar la vuelta hubiera sido perder lo que quedaba de Armenia.

Mis pies se resbalaban y caían en charcos invisibles. Recuperé el equilibrio colocando una mano en el muro húmedo. Sentí que el túnel se estrechaba y me encogí. Entonces, un pie se resbaló en un lecho de lodo y la linterna salió disparada de mi mano; chocó contra una roca y se apagó.

Permanecí allí durante varios minutos, muy quieto. Me pasé una mano frente al rostro, y no vi nada. Giré la cabeza a un lado, luego al otro, y pronto no supe de dónde había venido. Traté de imaginar el olor del humo colándose desde la entrada del túnel, y el ruido... ¿hubo histeria, o simplemente resignación silenciosa? Las madres murmurando a sus hijos en el

vacío, los pocos hombres demasiado agotados como para que les importara, los cuerpos enredados, el lento sofoco...

Por un instante sentí que la cueva daba vueltas a mi alrededor. Subyugado por el horror de lo que había ocurrido, de pronto me sentí desorientado.

Pasó casi de inmediato. Me puse a gatas y pasé las manos alrededor de mis pies, buscando la linterna, la mano metida hasta la muñeca en el lodo, espeso como arcilla, hurgando con fuerza en el piso mojado y sin forma de la caverna. Mis dedos encontraron algo duro, lo así y con la otra mano encontré la linterna, varios metros más allá. Pensé que debía ser otro hueso, pero cuando encendí el foquillo, resultó ser un cristal de gran tamaño –unos 13 centímetros de calcita transparente, en forma de punta de flecha–.

Una vez fuera, el técnico armenio me dio una palmada en el hombro y sonrió por primera vez. Estaba preocupado, pensaba que me había perdido. Prendió otro cigarrillo y encendió el jeep. Envolví el cristal en una bufanda y lo guardé en el fondo de mi bolso. Me pareció una reliquia apropiada de la caverna: es posible que Armenia haya muerto aquí, pero algo sobrevivió. Aproximadamente un año después, en Israel, me lo llevé junto con mis preguntas sin respuesta, hacia Jerusalén.

La vieja ciudad de Jerusalén, la milla cuadrada más sagrada sobre la tierra, se encuentra dividida en cuatro cuartos distintivos. Tres de los cuartos, el judío, el cristiano y el musulmán, representan a las tres grandes fés monoteístas que han santificado la ciudad y peleado por ella durante cientos de años. El restante es el armenio.

Que los armenios hayan sobrevivido en ésta, la más intensa de todas las ciudades, es prueba de su extraordinario poder de resistencia. De hecho, el cuarto armenio es el más antiguo de todos, y sigue siendo el más hermético. La mayor parte de éste permanece encerrado detrás de sus altos muros, en donde los laicos viven lado a lado con la Orden de San Jacobo. Se encuentra cerrado para los visitantes y sólo durante media hora al día se permite a los no armenios la entrada a la catedral.

Al asomarme a la capilla lateral de San Jacobo, que contiene las partes del santo que no llegaron a Compostela, escuché una voz detrás de mí.

“¿Puedo ayudarle en algo?” Un hombre con anteojos de marco negro se presentó como George Hintlian, el historiador de la comunidad. Le dije que había visto Ani y Digor y que había traído algo de la cueva en Shadaddie.

“Me di cuenta de que no estaba interesado sólo en la catedral.”

“¿Cómo se dio cuenta?”

“Me di cuenta.”

Me llevó a su oficina y coloqué el cristal de calcita sobre su escritorio. Me sonrió y sacudió la cabeza, incrédulo: “Déjame mostrarte el cuarto.”

Durante varias horas caminamos por un laberinto de criptas y callejones y patios soleados. Me llevó a los techos y me introdujo en las celdas a conocer a los monjes, y cuando ya me iba, me dijo: “Si alguna vez quieres saber más sobre los armenios, ¿por qué no vienes a pasar una temporada con nosotros?”

Dejé el cristal en manos de George y 18 meses después estaba de vuelta. Mis preguntas no habían desaparecido. Le dije que quería llegar a Armenia, y él respondió que me podía ayudar. Permanecí en Jerusalén unos cuantos meses, en una pequeña habitación abovedada en la frontera de los cuartos judío y armenio. Había tensión en la ciudad; Kuwait acababa de ser invadido y ese otoño todas las conversaciones giraban en torno de la posibilidad de la guerra. Jerusalén esperaba. Los israelíes aguardaban, al igual que los palestinos; los armenios estaban expectantes. Yo aguardaba, todo el tiempo planeando un viaje a lo largo y ancho de Armenia, para buscar a las comunidades que parecían estar dispersas por todo el Medio Oriente y Europa Oriental.

Tomé lecciones diarias de armenio con un monje políglota, di largos paseos con George, hablé con toda la gente que pude, y pasé el resto del tiempo entre los libros de la Biblioteca Gulbenkian. Visité la comunidad armenia en Jaffa, y un monasterio del siglo v en el desierto de Judea; pasé una semana con los armenios de El Cairo. Y me di cuenta, cada vez con más intensidad, de que la armenia no era tanto una historia de masacre y persecución, sino de supervivencia.

Los primeros príncipes armenios habían surgido en Anatolia Central y Oriental unos seis siglos antes de Cristo. Cinco siglos después Armenia se extendía libremente desde el Mediterráneo hasta el Mar Caspio. En otras épocas a lo largo de estos siglos, sus gobernantes pagaron tributo a Persia, Bizancio, los califas de Bagdad, o alguna combinación de los tres. Aún en aquellos días, la supervivencia de Armenia parecía improbable. Siempre en la frontera, no sólo de potencias enfrentadas, sino de fés encontradas, los armenios no se adherían a las creencias de nadie más que las

propias. En 301 d. C. el rey armenio Trdat III se convirtió en el primer gobernante en adoptar el cristianismo, mientras en Roma las peores persecuciones contra los seguidores de la doctrina de Jesús aún estaban por venir.

Cuando, algunos años después, Constantino eligió el culto subversivo para que fuera la piedra de toque de la teocracia bizantina, los armenios se mantuvieron firmes en su propia interpretación. En 451, en el Concilio de Calcedonia, los obispos bizantinos llegaron a una suerte de acuerdo sobre la ortodoxia cristiana. Los armenios ni siquiera se presentaron: estaban demasiado ocupados peleando con los persas sasánidas.

Hasta la tierra misma parecía conspirar contra ellos. A unos cuantos cientos de millas de Ani se encuentran las fronteras de la mitad de las mayores placas tectónicas de la tierra. Existen registros de que en un solo temblor durante el siglo IX murieron 60 mil personas de una población armenia.

Aun así, durante el primer milenio cristiano, entre los terremotos y las invasiones, entre los mazdeístas, maniqueos, musulmanes, diofisitas y dualistas, los armenios emergieron brevemente para protagonizar brillantes medios siglos de fulgor propio, escribiendo y construyendo con apasionada habilidad, antes de ser aplastados de nuevo por alguna horda rampante. En el siglo IX, Armenia surgió de nuevo como estado independiente. Su centro: la ciudad de Ani. Sentado entre las ruinas de la catedral, algunos años atrás, había alcanzado a percibir un dejo del genio de esa ciudad. En cierto momento, Ani fue más grande que la mayoría de las ciudades europeas. Pero en 1064 los turcos seleúcidas arrasaron con Asia y la destruyeron.

Lo que entonces debió haber sucedido con este pequeño pueblo que ocupaba, como ahora, el perenne lugar de cruce entre imperios, la región más viajada y peleada de la tierra, era el paso a una gradual asimilación entre sus vecinos, más grandes y poderosos. Sus familias dispersas debieron haber resistido durante un par de generaciones en el exilio, aferrándose orgullosamente a sus tradiciones antes de que los matrimonios mixtos los consignaran al cuadro de honor de la historia: un grupo de polvosas ruinas sobre la planicie anatolia y unas cuantas vitrinas en el Museo Británico. ❧

Una nota

La redacción

El cronista turco Ali Bayramoglu es uno de los cuatro intelectuales responsables de la petición en línea publicada el 15 de diciembre de 2008 en el sitio ozurdiliyorus.com, de donde procede el siguiente texto:

Mi conciencia no puede aceptar que uno permanezca insensible a la gran catástrofe de la cual, en 1915, fueron víctimas los armenios del imperio otomano, ni que se niegue esta realidad. Rechazo tal injusticia y comparto los sentimientos y las penas de mis hermanos y hermanas armenios, y les pido perdón.

La petición ya ha sido firmada por 25 mil personas, entre las cuales se cuentan los mejores historiadores del periodo, así como 300 escritores, artistas y periodistas reconocidos. (*Yeni Safak*, diario de Istanbul.) ❧